

mal fundadas, ó bien ofrecer pruebas que la hagan probable y racional, y facilitar así la sumisión. ⁽¹⁾

8. La fe como sacrificio del hombre completo, de la voluntad y del corazón.—Pero la sumisión no es en manera alguna un acto ciego, sino libre, es decir, procede de la voluntad iluminada por la inteligencia. ⁽²⁾ La fe, no sólo es la razón convencida, ⁽³⁾ sino un acto de obediencia, ⁽⁴⁾ por el cual el espíritu se somete á Cristo, esto es, á Dios, como dice el Apóstol. ⁽⁵⁾ No sólo se cree con el espíritu, como añade el mismo Apóstol, sino ante todo con el corazón. ⁽⁶⁾

Por consiguiente, la fe no es en manera alguna sólo un sacrificio de la inteligencia, sino un sacrificio del hombre completo. Por esto deben proceder y marchar juntos el sacrificio del espíritu, el de la voluntad y el del corazón.

La fe, es, pues, mucho más objeto de la voluntad y del corazón, ⁽⁷⁾ que sólo de la inteligencia. Es un sacrificio libre, un acto del hombre completo.

Ya la comprensión ó no comprensión depende mucho más del corazón que del espíritu. El que lo quiere y desea, comprende pronto y sin esfuerzo. El que no quiere la luz, puede cerrar los párpados y no verá nada.

Pues aun más se refiere esto á la fe. La fe es primeramente el sacrificio de la voluntad. ⁽⁸⁾ Una vez hecho esto, el sacrificio del espíritu no ofrece dificultad alguna.

De aquí proviene que la fe sea libre, que sea un deber,

(1) Delamare, *La foi justifiée* (Migne, *Demonstrations*, XI, 861 y sig.). S. Tomás, 2, 2, q. 1, a. 4; q. 2, a. 10. Silv., 2, 2, q. 1, a. 4. Billuart, *De fide*, d. 1, a. 6. Fibus, *Demonstratio*, 644 y sig., 664 y sig. Egger, *Theol. dogm. gener.* (2), 77, y sig. Hettinger, *Fundamentaltheologie* (2), 864 y sig., 870 y sig.

(2) Justinian., *Col.*, 3, 7; Estius, *Rom.*, I, 5; II Cor., X, 5.

(3) Justinian., *Gal*, V, 8.—(4) *Rom.*, I, 5.—(5) II Cor., X, 5.

(6) *Rom*, X, 10.

(7) Hammerstein, *Erinnerungen eines alten Lutheraners*, 9 y sig.

(8) Concil. Trident., s. 6, c. 6. Vatican., *De fide*, 3, c. 1, 5. Arausic., II, 5. Agustín, *In Joan. tract.*, 25, 2 y sig. *De spiritu et lit.*, 31, 54. *De gratia et lib. arb.*, 14, 28, 29. *De dono persever.*, 16, 41. Cupetioli, *Theologia S. August.*, II, 370 y sig.). Thomas, 2, 2, q. 1, a. 4; q. 2, a. 1, ad 3. Oviedo, *De fide*, *contr.* 5, p. 4. Coninck, *De act. supernat.*, d. 13, d. 4-6. Monschein, *Theol. specul.*, IV, 529. Gotti, *Theol. dogm. de fide*, q. 2, d. 1 (X, 65 y sig.). Joan. a S. Thoma, *Theol.*, VI, 42 y sig. (*De fide*, d. 3, a. 1). Denzinger, *Religiöse Erkenntnis*, II, 527 y sig. Gutberlet, *Apologetik* (2), II, 367 y sig. Scheeben, *Dogmatik*, I, 340 y sig.

una virtud y un mérito. El corazón y la voluntad pueden dominarse, pues nada puede ser más justificado que el ordenar creer. No sólo puede uno pedir que se crea, sino obligar moralmente á creer. ⁽¹⁾

Mal preceptor será quien esto no comprenda. ¡Cuántas personas podrían considerar como una dicha, ya en orden á su carácter, ya en relación á su destino temporal y eterno, el que se las hubiese sometido á esta violencia!

Su inteligencia no alega un solo motivo contra la fe,—y esto ocurre á la mayoría;—hastase muestran convencidas de la justicia y verdad de esto, pero su corazón está en gran contradicción con las exigencias de su espíritu. Del corazón brotan vapores impuros que envuelven como negra nube el espíritu, oscureciendo la inteligencia y paralizando la voluntad. He aquí todo el misterio de las dificultades contra la fe.

De esto se sigue que el sacrificio de la inteligencia no constituye el verdadero obstáculo contra la fe. Desde el momento en que el corazón y la voluntad están en el verdadero camino, todos hacen este sacrificio con verdadera alegría y entusiasmo.

Pero este camino, el camino más recto que conduce á la virtud divina de la fe, es la purificación y el ennoblecimiento del corazón, por lo cual éste es capaz de entregarse sin reservas á Dios como víctima sobre el altar.

9. La fe como resumen del Cristianismo.—Es, pues, fácil de comprender—y volvemos así á nuestro punto de partida—que, en realidad, la fe lo es todo, que es, no sólo el principio, no sólo un primer paso que promete muchos, sino que es el Cristianismo completo en su noción más breve.

No en balde, en el lenguaje ordinario, la palabra fe se emplea para significar la religión cristiana y una vida animada de su espíritu, porque cuando, en realidad, la fe es lo que debe ser, contiene en sí todas las doctrinas y todas las prácticas del Cristianismo.

(1) Agustín, *Ep.* 93 (48) *ad Vincent.*

El que tiene fe, hace á Dios el sacrificio completo de su ser y de todas sus fuerzas, acepta todo lo que Dios enseña y ordena, ora lo haga por su propia boca, ora por la de un representante autorizado. Puede ocurrir que no conozca en detalle todos los puntos de doctrina y todos los mandamientos en particular; pero, no obstante, posee la fe por completo, y todo el Cristianismo vive en él, porque se ha dado á Dios sin reservas, y este acto contiene todo lo demás. ⁽¹⁾

La verdadera fe es una virtud tan general, tan absoluta, tan católica, tan universal, que abraza, no sólo tal ó cual sentencia de Dios, sino á Dios mismo y la inmensidad de lo que Dios posee en su inteligencia y en su voluntad, es decir, todos sus pensamientos, todos sus deseos, todos sus actos, todos sus misterios. Dios puede ocultar en sí todas las cosas que no quiera comunicarnos, pero esto no hará más pobre la fe. Al abrazar á Dios, posee el creyente aun aquellos misterios que Dios tiene ocultos en las profundidades de su sabiduría. Y si Dios abriese á todas horas nuevas profundidades, si ordenase creer nuevas doctrinas, y observar nuevos preceptos, no por ello se sorprendería el que tiene fe, y no sentiría pena alguna, como tampoco si la naturaleza de la fe fuese cambiada. Jamás puede abarcar más de lo que Dios oculta en su seno; pero tampoco puede jamás rehusar, cambiar ó rechazar lo que haya reconocido como una verdad proveniente de los tesoros de Dios. Si se quitase un solo trozo de esta perfecta unidad, perfecta en sí misma, se acabaría con la fe, ⁽²⁾ no de otro modo que una esfera cesa de ser esfera cuando se le quita una parte. ⁽³⁾

10. Educación y transformación por la fe.—Del mismo modo que la educación revela el verdadero espíritu y el verdadero carácter del maestro, así también el más seguro camino para adquirir la certeza sobre el espíritu y

(1) S. Tomás, 2, 2, q. 1, a. 1; a. 7.

(2) S. Tomás, 2, 2, q. 5, a. 3. Cf. Aug., *C. Faust.*, 13, 7; 17, 3.

(3) Janssen, *Stolberg*, 166.

sobre las concepciones del Cristianismo, consiste en someter su modo de educación y sus medios de educación, es decir, la fe, á un examen minucioso.

Si un educador ha encontrado alguna vez un medio mejor de educación, un medio que produzca lo mismo con menos gastos, un medio que penetre tan profundamente en el corazón, que ataque tan profundamente la raíz de toda corrupción, el orgullo, que ponga en acción y favorezca igualmente todas las fuerzas intelectuales, un medio que humille al hombre por manera más sencilla y que al propio tiempo le fortifique y le eleve por encima de sí, que vaya el mundo á instruirse con él.

Pero mientras semejante hombre no aparezca—y jamás lo veremos—está obligado á seguir la fe del Cristianismo, si busca los dos bienes únicos que aseguran el fin de toda educación, esto es, el ennoblecimiento del corazón y la perfección armónica de todas las facultades humanas. Púedese, en cierta medida, formar también el espíritu por otros medios, pero jamás se formará el corazón, jamás se hará un hombre homogéneo.

Á los 19 años, Agustín, aquel joven tan bien dotado, y tan instruído, sumergióse en el estudio de las obras de Cicerón. Un anhelo sublime, inaudito, apoderóse entonces de aquel noble espíritu; avergonzóse de aquella vida despreciable é inútil que hasta entonces había llevado, y formó la resolución de crearse un nombre inmortal en la ciencia humana. ⁽¹⁾ Pero por más que luchó con ardor indomable para alcanzar las cimas más altas de la sabiduría, y por más que no vacilase en adherirse ni siquiera á las doctrinas más siniestras, no le impidió todo ello sumergir cada día más profundamente en el fango de la impureza á su alma repleta de verdad y de pureza, al mismo tiempo que el hastío le hacía insoportable á sí mismo.

Este ejemplo nos muestra cuán poco capaz es de educar al alma toda civilización exterior. Agustín era ciertamente un hombre muy bien dotado por la naturaleza,

(1) Agustín, *Confess.*, 3, 4, 7.

un hombre extraordinariamente fuerte, un espíritu verdaderamente noble, cuyas luchas heroicas admiramos. Pero todos los motivos que le sugería la ciencia profana para salir del precipicio en que gemía, y que detestaba de todo corazón, eran inútiles. Preciso fué que sometiese á la gracia su orgulloso espíritu y su voluntad más orgullosa todavía. Preciso fué, con ayuda de aquélla, ofrecerse en sacrificio á la fe. Y realizó en un instante lo que 15 años de esfuerzos puramente humanos no habían podido hacer. Y experimentó también lo que Cipriano había experimentado anteriormente: el pequeño acto de fe había triunfado por completo de él; lo que había considerado como imposible hasta entonces, estaba realizado. Se había transformado en otro hombre. Su arrogancia quedaba quebrantada, su corazón convertido en llama ardiente y límpida su inteligencia. Y esta clara, caliente y pura luz de la fe, que había inundado su alma, fué para él semillero de sacrificios, fuerza en el combate, principio de todas las virtudes y resorte del espíritu que lo elevó á una altura á la cual pocos hombres le han seguido.

Siempre ha sucedido lo mismo. El combate por la fe es la lucha decisiva en la tierra y para el cielo; la victoria de la fe es la victoria de la mejor parte que existe en el hombre, ó mejor, de un poder más elevado, sobrenatural, que está por encima de él.

El ideal y la fuerza están en proporción con la fe. Allí donde no hay fe, reina la muerte espiritual. Allí donde la fe es débil, también la vida lo es; allí donde la fe es fuerte, viviente, allí hay rudos combates, verdad es, pero también hay grandes triunfos, un mérito infinito y la vida eterna.

«¡Santas dulzuras del cielo, adorables ideas; vosotras saciáis el corazón que os puede recibir! Llenas las almas de vuestros sagrados atractivos, ya nada más conciben que las pueda conmovér. Prometéis mucho y dais más; vuestros bienes no son inconstantes». ⁽¹⁾

(1) Corneille, *Polyeucte*, IV, 2.

APÉNDICE

DE LA TOLERANCIA

1. Entusiasmo ideal por la fe en la Edad Media.—

Al acercarse el momento decisivo en que los sarracenos se preparaban para aplastar á traición al ejército de Carlomagno, fortaleza de la fe, el poeta del *Rolandslied* se siente poseído de religioso entusiasmo. Todos los caballeros arden en deseo de morir por Cristo en la guerra santa; resuenan los escudos, las espadas, sacadas de la vaina, relampaguean al sol, y un clamor entusiasta llena el espacio. Embriagado de júbilo, Carlos se sienta en su trono, y el orgullo que experimenta como jefe de aquel ejército que va á combatir por la causa santa de Dios, hincha su pecho.

En medio de aquellos transportes de júbilo, muy á propósito para encender un corazón de hielo y dar al viejo el ardor de la juventud, un hombre digno y venerable se acerca al Emperador. Es el Obispo Juan. Cerca de cien años descansan sobre sus hombros encorvados. Ha pasado toda su vida—el mismo Emperador es testigo de ello—en oraciones, ayunos y buenas obras. ⁽¹⁾ Pero la llama de la juventud, ó, para hablar con más propiedad, la llama de la fe arde todavía en su alma. «Apoyado en sus muletas, con el cabello blanco como la nieve», ⁽²⁾ suplica al Emperador que le permita partir para llevar la fe á los infieles. «Quiero—dice—anunciarles la palabra de Dios; no temo á la muerte. ¡Ojalá que yo fuese digno de que el fuego ó la

(1) Kuonrát, *Rolandslied*, 1268.

(2) Kuonrát, *ibid.*, 1252 y sig.